

1. ARTÍCULOS

El racismo y la guerra de Cuba (1895-1898).

Un análisis de la representación de las razas, espacios y la herencia en la literatura española colonial

Jorge Camacho

University of South Carolina, Estados Unidos
camachoj@mailbox.sc.edu

RESUMEN: Durante las guerras de independencia de Cuba se publicaron un número importante de novelas, obras de teatro y poemas que, sin embargo, han recibido muy poca atención por parte de la crítica, especialmente aquellos que fueron escritos por españoles radicados en la isla. En este ensayo haré referencia a varios textos e imágenes sobre la guerra publicados en dicho momento: *El Separatista* (1895) de Eduardo López Bago, *La Cariátide. Novela por la Guerra de Cuba* (1897) de Ubaldo Romero Quiñones y *Autonosuya, curiosa novela político-burlesca* (1886-1897) de Francisco Fontanilles y Quintanillas, en los cuales me interesa destacar la representación de las razas y la forma en que se utiliza el clima y la fisiología para describir a los cubanos. En este ensayo sostengo que las representaciones de los cubanos en la guerra de independencia se caracterizan por mostrar sujetos degradados y degradantes, monstruosos y salvajes, ya que es un argumento que se utiliza como arma de guerra para invalidar sus ideas políticas o tratar de mantener a Cuba “blanca y española”. Estas narraciones e imágenes de la guerra, afirmo, no son muestras aisladas, sino un esfuerzo consciente por parte de los escritores y dibujantes que favorecían la integridad

nacional para mostrar a los cubanos como lo otro de lo humano, incapaces de autogobernarse y con reacciones enfermizas y depravadas que, de forma general, mostraban una ciudadanía fallida, una juventud sin esperanzas y, sobre todo, un población conformada en gran parte por sujetos mestizos y negros cuyo objetivo era llevar a cabo una guerra racial similar a la de Haití. Por tal motivo, en las representaciones que hacen escritores como Juli Francesc Gimbernu y el dibujante Manel Moliné en *Blanchs y negres, o la qüestió de Cuba*, sobresale el miedo al negro como un argumento para rechazar la independencia. En lo que sigue, entonces, analizaré los conceptos de raza, herencia, espacio y temor en los textos que hemos mencionado.

PALABRAS CLAVE: Cuba, racismo, biopolítica, novela española, naturalismo.

RACISM AND CUBA'S WAR OF INDEPENDENCE (1895-1898). AN ANALYSIS OF THE REPRESENTATION OF RACE, SPACE AND HERITAGE IN SPANISH COLONIAL LITERATURE

ABSTRACT: During Cuba's war of independence an important number of novels, theater plays, and poems were published, but they have received very little critical attention by critics, especially those works written by Spanish writers living in the island. In this essay, I will analyze several texts and images that were published in Cuba and Spain during this time: *El Separatista* (1895) by Eduardo López Bago, *La Cariátide. Novela por la Guerra de Cuba* (1897) by Ubaldo Romero Quiñones, and *Autonosuya, curiosa novela político-burlesca* (1886-1897) by Francisco Fontanilles y Quintanillas. In these novels and images, I will highlight the representation of race, as well as the way climate and physiology are used to describe Cubans. I will argue that Cubans in these texts are represented as the other, degraded to monstrous and savages, incapable of governing themselves due to their nature, their heritage or their sickness. The purpose of such portrayal was to invalidate their political views, strike fear in the hearts of the population, and keep Cuba "white and Spanish". These novels are not isolated cases. On the contrary, they appear throughout the war (1868-1898) demonstrating a conscious effort on the part of these writers and artists to support the National Integrity (Spain and its colonies) and represent colonial subjects as the non-human Other.

KEYWORDS: Cuba, racism, biopolitics, Spanish novel, naturalism.

Para todos es conocido que el siglo XIX está marcado por el ascenso de los discursos médicos y científicos sobre la raza. Como decía Michel Foucault en *Genealogía del racismo*, el caldo de cultivo para esta nueva forma de ver las diferencias fueron las nociones que introdujo la teoría darwiniana: “Jerarquía de las especies en el árbol común de la evolución, lucha por la vida entre las especies, selección que elimina a los menos adaptados” (207). Esto quiere decir que cada uno de los problemas a los que se enfrentaba la sociedad (guerras, enfermedades mentales, criminalidad) se pensó en el marco del evolucionismo y la ganancia política. Foucault propone entonces el concepto de biopolítica, luego desarrollado por Giorgio Agamben y otros teóricos, para entender la forma en que los estados tratan de controlar a los sujetos, en este caso, los sujetos coloniales. Por consiguiente, en este ensayo me interesa ver cómo conceptos como clima, herencia y temor se conjugan en el pensamiento colonial para describir a sujetos “inferiores” según la mirada crítica europea. La primera de las novelas que analizaré tomará estos lugares comunes del discurso científico decimonónico para justificar el proyecto colonial, reproduciendo de esta forma la lógica del Estado supremacista blanco, que echa mano a las teorías y prejuicios en boga para inferiorizar a los negros, asiáticos e indígenas y restarle con ello importancia o validez a la lucha revolucionaria. En este caso, el objetivo detrás de estos textos no será otro que apoyar la causa integrista o asimilacionista y, con ello, la deuda económica, el monopolio mercantil que favorecía a los peninsulares en los empleos administrativos y eclesiásticos en la más grande y productiva de las Antillas (Bizcarrondo y Elorza 128-134). Por esta y otras razones, Cuba tenía que seguir siendo española.

LA HERENCIA, EL MIEDO Y LA DEGRADACIÓN MORAL

Entre el grupo de escritores peninsulares que escribieron sobre la guerra de Cuba, destaca Eduardo López Bago (1855-1931), autor español nacido en Aranjuez, quien escribió más de una docena de obras dentro del “naturalismo radical”, la escuela literaria que había inaugurado Émile Zola en Francia (Gutiérrez Carvajo 14). En 1895, López Bago publicó *El Separatista* y en las palabras “al lector”, que abre la novela, hace mención al método que iba a utilizar para “estudiar la sociedad cubana” y tres pasos que lo guían: la “exposición de hechos, observación y experimento”, presupuestos del llamado

naturalismo literario. Por esa razón, el escritor se ve a sí mismo como otro doctor, que en lugar de ejercer su oficio sobre una persona, lo ejercerá sobre la sociedad en su totalidad, sobre las pasiones, vicios, virtudes de sus personajes, ya que es la sociedad cubana como un cuerpo que respira y come la que necesita ayuda. De ahí que en este prólogo y a lo largo de la narración, el autor haga mención de un instrumental médico y criminológico para analizar los personajes que intervienen en la obra a manera de un experimento social. Con tales propósitos, López Bago reclama en el prólogo la objetividad del discurso médico decimonónico. Él, como doctor, solamente se limitaría a observar los distintos elementos que aquejaban al país y se cuidaría de dar una solución. Su deber era “anularse” o desaparecer detrás de las acciones de los personajes, lo que produciría la ansiada objetividad. Por eso dice, “batalla no doy ninguna. No ataco ni defendiendo” (5).

Cualquiera que lea la novela notará, sin embargo, que el narrador sí juzga la situación del país cada vez que puede y, lo que es peor, culpa de ella a los separatistas. Desde un inicio y hasta el final trata de probar que el independentismo es una causa fracasada de los enemigos de España y que era sostenida por hombres como el padre de Lico, quien conoce la realidad en la que se encuentra el país bajo los insurrectos, pero no dice nada y trabaja para su ruina. La novela comienza, entonces, con una sesión de esgrima, que era por aquellos días la pasión de la juventud habanera, un *topos* que ya en la década del 1880 aparece en la obra del escritor cubano Ramón Meza (1861-1911) y que sirve aquí como un preludio a las hostilidades: “... el duelo para la paz hasta que volviese la ocasión para la guerra” (9). Mientras esto sucedía, la sala de armas era un lugar donde venían a unirse los bandos contrarios: los que apoyaban el régimen colonial y los que se oponían a él. Para caracterizar a los personajes, el narrador recurre al discurso de quienes creían en la función de la herencia como mecanismo que perpetúa ciertas características en el ser humano y, por eso, habla de la “ineludible ley de herencia” (15), tipificando a sus personajes de acuerdo con el lugar y el clima donde se desarrollan. Afirma:

[H]allábanse en un estado de excitación nerviosa, raro en aquellos cuerpos deprimidos por el calor excesivo y habitual, estado sólo explicable atendiendo a que la misma enervación constitucional daba al organismo tirantez para vibrar por algún estímulo externo, por alguna pasión, vivísima como todas las suyas, agigantada en las exaltaciones extraordinarias de la imaginación, no sujeta, dominadora en sus idiosincrasias biliosas, en sus temperamentos linfáticos desnaturalizados por éstos nervios mismos (21).

La cita nos habla, entonces, de cuerpos deprimidos por el calor, fácilmente excitables por estímulos externos o por las pasiones, o la imaginación, lo cual se oponía a la racionalidad, la propiedad en el lenguaje y las leyes de los europeos. Con esta equiparación entre medioambiente y psicología, entre la naturaleza y los cuerpos de los sujetos coloniales, la narrativa colonial integrista intentaba mostrar la degradación de los criollos y los efectos funestos que el medio ejercía sobre su psiquis. ¿Podían con tal constitución vencer a los soldados peninsulares? Seguramente no, ya que, para el narrador, los hombres que se enfrentaban al gobierno solo eran:

Criminales políticos, matoides y locos, afectados de una verdadera locura moral, hubiéralos juzgado Lombroso; revolucionarios por pasión, que obraban obedeciendo a los altruismos histero-epilépticos, a los mandatos de la raza, del clima, de la presión barométrica, a los factores individuales y a los sociales políticos y económicos, que con aquellos se combinaban. //;Una enfermedad! Una enfermedad, que producían el sol y el aire, las flores con su embriagador perfume, y las mujeres con su incitante hermosura (21).

Este comienzo de la narración es indicativo, por consiguiente, de la posición que adopta Eduardo López Bago ante los revolucionarios y, lo que es peor, ante todos los sujetos coloniales, ya que los describe de una forma determinista, en que sus cuerpos no pueden escapar a los efectos del clima y de la sangre. Es un discurso que recurre constantemente a términos médicos para mostrar la “enfermedad” y usa las ideas de Cesare Lombroso (1835-1909) y Gustave Le Bon (1841-1931), quien se hizo famoso a finales del siglo XIX por disertar sobre el estado de excitación de las masas en oposición a los individuos para sustentar sus puntos de vista. Lombroso, recordemos, fue una referencia clave a partir de la década de 1870 por descubrir lo que él llamaba el “criminal nato”, el hombre que nacía predispuesto para cometer un crimen, por lo cual en esta novela se juntan la causa independentista, la criminalidad y la raza. La naturaleza monstruosa y los cuerpos de los sujetos coloniales implicaban que el acto de rebelarse contra España tenía una condena política, moral y genética.

Por supuesto, López Bago no es el primero ni el único que utiliza este instrumental seudocientífico para acercarse la problemática de la guerra de Cuba y, en especial, a los sujetos marginados. Antes, las ideas del criminalista italiano se habían discutido en la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba, una organización a la que estaban afiliados muchos intelectuales autonomistas

cubanos. Según Pedro Pruna y Armando García González en *Darwinismo y sociedad en Cuba, siglo XIX*, poco después de publicar Lombroso su libro *L'Uomo delinquente*, en 1876, varios intelectuales hicieron referencia a él para hablar de los asesinos (Montalvo) y los fanáticos religiosos (Mestre). Para el segundo, el asesinato de una niña a manos de su padre era un caso de “reversión” a un tiempo primitivo (el paleolítico) y había sido determinado por el hambre (Pruna y García 128). En cualquier caso, de lo que se trataba era de encontrar las diferencias en el origen, la sociedad y los genes. El mal estaba en la sangre, en el cruzamiento de distintas razas, que era lo que les hacía actuar de aquella forma. Por eso, dice el narrador de esta novela, los sujetos coloniales no podían hacer nada con estos efectos: “... amores y odios que sentían sin explicárselos, debidos acaso a los dos cruzamientos distintos que los agobiaban” (22). No eran ellos los culpables, sino sus progenitores, quienes se habían mezclado y reproducido, dejando sentimientos que venían arrastrándose por sus cuerpos. Odios, amores y violencia que estos sentían como si hubieran sido transmitidos desde tiempos inmemoriales al juntarse los indios y los blancos o los negros y los esclavistas al inicio de la colonización: “... acaso surgieron en el alma, al cambiarse la primer caricia entre las mujeres de las piraguas y los hombres de [sic] las carabelas, y el odio, la pasión de la bestia humana, embrutecedora y fuerte, al entregarse la esclava bajo la amenaza del látigo, al capitán negrero, blanco de tez y horrendo de alma” (22). Para López Bago era importante, por consiguiente, mirar a la historia, la raza y la herencia porque explicaban la situación política de los cubanos y las acciones que realizaban.

No por gusto, otro escritor peninsular, también radicado en Cuba en aquel momento, hablaba de los cubanos y la guerra en términos semejantes. Juan Bautista Casas y González, el gobernador eclesiástico de la Diócesis de La Habana, sostenía en su libro *La guerra separatista de Cuba, sus causas, medios de terminarla y de evitar otras* (1896) que factores como el clima y la raza hacían imposible la separación de ambos países. El clima “muelle y enervante” y los alimentos “muchos de sustancias sacarinas” con los cuales “las naturalezas más robustas se debilitan y se consumen allí de una manera extraordinaria”. Por eso, agregaba, los habitantes tenían que huir de vez en cuando de Cuba para reparar sus fuerzas. “Los que hayan vivido en Cuba habrán observado la pobreza de sangre y el decaimiento de que adolece generalmente [...], de ahí nace la necesidad de una inmigración incesante que no se efectuaría con regularidad si Cuba se separase de la madre Patria” (25-26). Alentado por el político y sociólogo catalán Joaquín Coll y Astrell

(1855-1910), Juan Bautista Casas y González trataba de demostrar, también, a través de numerosas formas la inferioridad del cubano, en un discurso que apoya irónicamente sus argumentos en las teorías positivistas del siglo XIX, que ponían el énfasis en la relación de las topografías, su influencia sobre las razas y la fobia que sentían los extranjeros por el paisaje. Este tipo de argumentos lo lleva a decir que nadie más que los mismos negros eran culpables por su esclavitud, porque eran la raza maldita. “La raza negra sufre las consecuencias de un castigo y de una maldición que el Pentauteo nos refiere al hablar de Noe y de sus hijos; su inferioridad viene perpetuándose a través de los siglos” (31). Casi al final de su voluminoso tratado, Juan Bautista Casas da, incluso, una lista de veinte “consejos higiénicos a los soldados” que venían a luchar a la isla, entre los que están: no dormir bajo la luna y evitar que los rayos dieran “ni en la cabeza ni en los pies”, no comer la fibra de ninguna de las frutas tropicales como el mango, la naranja o la piña pues eran indigestas y tomar cada quince días una purga de “agua de Loeches”, porque “no hay que olvidar que en los países tropicales se segrega gran cantidad de bilis y su exceso trastorna las funciones del estómago y del vientre y envenena la sangre” (411).

En la misma línea, Francisco Vidal y Caretas (1860-1923), egresado de la Universidad de Barcelona y catedrático de paleontología de la Universidad Central, condenaba la mezcla racial en la isla y decía, en su libro *Estudio de las razas humanas que han ido poblando sucesivamente la isla de Cuba* (1897), que si los españoles hubieran hecho lo mismo que los ingleses y los norteamericanos aislando

... las razas inferiores como si se tratara de focos de viruela, a estas horas estaríamos mucho mejor de lo que estamos, porque no hubiéramos producido lo que podríamos llamar el mestizaje. El mestizaje en sus resultados es malo, no para las razas inferiores, sino para las razas superiores (85).

En estas y otras descripciones del medioambiente cubano y de sus habitantes, los escritores integristas, los científicos sociales y los soldados de la metrópoli describen un ecosistema natural degradante, que influía directamente en la constitución y en la psiquis de los cubanos. Un argumento de raíz hipocrática, que en la obra de López Bago se mezcla con las teorías deterministas de Lombroso, Le Bon y H. Taine, las que sirven como un arma de lucha contra los que querían la independencia. De esta forma, la guerra se hace a través

de la creación de miedos psicológicos, inseguridades y de la degradación de la condición natural de los sojuzgados en un intento de mantener el *statu quo* en la isla. Si los separatistas se caracterizan en sus escritos por exaltar el lugar y los cuerpos de los criollos, ellos (los integristas) se caracterizaban por las topografías médicas donde el clima, la alimentación y la raza conspiraban contra la propia vida de los criollos y de los extranjeros. Son el enemigo que tienen que vencer o del cual han de huir. De ahí se deriva la necesidad de una inmigración europea constante –lo cual era una forma de justificar el poder de España sobre la colonia– y de mantener a Cuba blanca y española. De lo contrario, decía Juan Bautista Casas, vendrían los yanquis, blancos y negros, tomarían el país y se harían servir de los criollos. En último caso, se anuncia un final catastrófico: la imposibilidad de la utopía independentista a la que aspiraban los cubanos: “... la anexión norteamericana o la anarquía de los negros como en Haití” (67). Sin disimularlo mucho, entonces, estos escritores recurrían a argumentos racistas que veían al otro, mestizo, negro o criollo, como un ser inferior, incapacitado por “el veneno de la sangre”, como decía Martí (*Obras I* 415), para la libertad o para constituir una nación independiente.

A diferencia de José Martí, que criticaba desde su periódico *Patria* estos argumentos racistas, López Bago y los partidarios de la “Cuba siempre española” apostaban por una Cuba europea. De ahí que la pasión que el personaje principal de su obra sentía por las armas tenía que ser algo orgánico, constitutivo de su cuerpo, una “necesidad de su organismo”, como la que tenían los animales fieros y salvajes (23). Por eso también que Lico es tratado como un “enfermo” por el narrador y por un doctor que, después de una discusión en la sala de esgrima, le recomienda por el grado de “sobreexcitación en que se hallaba” un tratamiento “hidro-terápico” para calmar sus nervios y curarlo de su “hiperestesia” (29). No obstante, su cuerpo no era lo único que conspiraba contra él. En su desesperación, Lico Godínez había abandonado también la religión católica (31) y “odiaba a España”. Se había criado en este odio y lo “heredaba” porque desde los tiempos de su bisabuelo ya se manifestaba en la familia la rivalidad contra la metrópoli.

El narrador explica el odio y la frialdad de Godínez cuando narra la escena en que un adolescente ve llegar al padre de la guerra de 1868. Tenía entonces catorce años, y la guerra había terminado en 1878. El padre hacía once años que no lo veía a él ni a la madre y cuando los ve no muestra ninguna satisfacción. Solamente expresa enojo porque la guerra había terminado.

Gracias a los “traidores” (42). En el análisis del narrador, entonces, el hijo ofendido por la reacción del padre recibe una impresión tan fuerte de este encuentro que lo marca de por vida. El padre hubiera preferido seguir guerreando por la independencia de Cuba, lo que Godínez interpreta como una falta de cariño hacia él y hacia la madre (42-43). La patria, la gloria, la libertad eran las principales pasiones del padre. No el hijo, por lo cual el encuentro entre los dos queda descrito en la novela como un contrapunteo brutal, un trauma afectivo y psicológico. El hijo llora cuando lo ve llegar, y el padre le exige que no llore, porque hacerlo era de mujeres. Le pide, en cambio, que grite “¡Viva Cuba libre!” y que “¡muera España!” (45). Y luego de hacerlo el hijo, el padre lo abraza.

Según el narrador, el padre de Lico había sido de los hombres que se opusieron al Pacto del Zanjón en 1878, que selló la guerra, permitiendo un período de paz entre ambos bandos. Para él, quienes habían firmado la paz con el gobierno de España eran traidores; él había prometido vengar a sus amigos y vencer en la guerra, pero todo lo que habían logrado los independentistas era para “mayor honra y gloria ¿de quién?... ¡De los negros!” (46). La escena, por consiguiente, explica en parte la personalidad del protagonista, aunque también deja entrever las tensiones que habían surgido dentro del movimiento insurreccional y, lo que era aún más serio, la preponderancia de los descendientes de africanos en las filas rebeldes. Con lo cual aparece en la novela lo que se conoce en Cuba como “el miedo al negro”, un arma de persuasión contra la guerra y los cubanos (Camacho 8). Sin embargo, este panorama terrible desde el punto de vista psicológico y espiritual es resuelto por el autor con otro personaje que será lo opuesto a Lico. Me refiero a Soledad Valiente, una joven española que había llegado de la península con su esposo, quien había sido reclutado para pelear en la guerra de Cuba. Con la desgracia de que el esposo muere en la guerra, y Soledad tiene que quedarse a vivir en la isla hasta que consiga dinero para regresar a España. Godínez, que gracias a su padre y a sus amistades gozaba de buena posición económica, entonces la ayuda a ahorrar este dinero. Irónicamente, ambos se enamoran, lo cual produce el conflicto principal de la obra: el amor entre dos enemigos ideológicos. El conflicto en sí no es nuevo. Lo principal aquí es que se da por rivalidades políticas y es un intento de resolver de forma simbólica el conflicto de la guerra. De hecho, en otras narraciones independentistas de la guerra aparece este recurso a modo de una alegoría de la patria para demostrar cuál era el mejor futuro para país. En obras de teatro mambí—como *El Grito de Yara* (1874) de Luis

García o *Dos cuadros de la guerra insurreccional* (1869) de Francisco Víctor y Valdés— la relación amorosa es entre amantes criollos o entre una criolla y un español que apoyaban la ideología revolucionaria. En la novela de López Bago, la relación afectiva se establece, en cambio, entre una joven española y un criollo separatista que, a pesar de tener ideas distintas a las de ellas y traer en sus venas el veneno de la sedición, termina enamorándose y teniendo un hijo con ella al final de la novela. Antes de llegar a este final, no obstante, Godínez tiene que pasar por una serie de decepciones, como la que tuvo con su amigo Pepe Martín, con el que frecuentaba el famoso café de la Acera del Louvre y los prostíbulos de La Habana. En una de estas descripciones de la degradación a la que llega el protagonista, el narrador escribe:

Bajaron por la calle de Obrapía. Todos los lupanares estaban iluminados y abiertos. Sentadas a la entrada de cada zaguán, horriblemente pintado el rostro de blanco y colorete, y vistiendo trajes de mucho descote y de colores claros, las prostitutas se ofrecían a los transeúntes. Y en las tres o cuatro primeras cuadras, en una y otra acera, no cesaba el mercado de hembras, hacía se y se mostraba a la claridad del gas con verdadero lujo de ostentación y de escándalo. Negras, mulatas y blancas, españolas, criollas, francesas, norteamericanas, mujeres de todos los países, estaban allí, en aglomeración maloliente de lujuria (74).

En la novela de López Bago, La Habana se convierte, entonces, en un lugar sórdido, donde pululan prostitutas y homosexuales. Es un ambiente descrito con aversión, cuya finalidad es provocar distanciamiento en el lector y rechazar así las ideas separatistas de la juventud cubana que frecuentaba estos lugares. Ciertamente, López Bago no es el único escritor crítico del bajo mundo habanero en esta época. Lo cierto es que el tema de la prostitución es uno de los más candentes de finales del siglo XIX en Cuba, ya que pocos años antes, en 1888, el médico autonomista Benjamín Céspedes había publicado su ensayo, titulado *La prostitución en la ciudad de la Habana*, con gran polémica. Ello se debía, sobre todo, a la crítica que hacía a la promiscuidad y la sexualidad de los negros y el mal que pronosticaba para toda la nación. Con *El Separatista*, López Bago se propone hacer, entonces, algo similar. Trata de demostrar los extremos de decrepitud moral a los que habían llegado los jóvenes cubanos que se divertían y pasaban el tiempo en fiestas mientras la guerra se desarrollaba en la manigua. Ambos protagonistas, por tanto, tienen relaciones sexuales con prostitutas y, peor aún para la

norma de la época, tienen relaciones sexuales entre ellos. En un momento de la narración, cuando ambos se encuentran en el prostíbulo, su amigo le dice que no tienen mujeres y se encierran en un cuarto: “Y cuando salieron del lupanar a la madrugada, mayor y más negra tristeza, más desesperación llevaban en el alma. Iban saciados de envilecimiento” (75-76).

Esta descripción casi críptica tenía como fin atacar la homosexualidad como una lacra social, un discurso que en la novela se indica también como un vicio de los jóvenes separatistas cubanos. En el texto, Pepe Martín culpa de lo que hicieron “al relajó habanero [que era] como una epidemia” (76), porque en tales extremos de “depravación [...] vivía una buena parte de la juventud habanera”. Godínez piensa en esto y lo hace reflexionar la frase de Pepe Martín: “¿Te acuerdas de lo que hicimos anoche? ¡Valiente par de guerrilleros de la independencia cubana!”, frase que repercute con la carga de la culpa en su mente, en la “tierra descubierta y conquistada” por España (77). Se trataba de una generación que sobrevivía en medio de un mundo sórdido, podrido, en “plena afeminización y en completa miseria” (77). Así pues, era de esperarse en esta novela que aparezcan ambos lados del discurso político enfrentados desde el punto de vista físico y espiritual. Los cubanos y los españoles eran diferentes por la naturaleza del clima, los alimentos que comían y las sociedades en que habitaban. Los jóvenes sobrevivían en un ambiente malsano, que contribuía a su “afeminización”. Eduardo López Bago sería, entonces, otro de los tantos que recurrieron a esta tipología homofóbica para criticar a los criollos condenando, de esta forma, sus ideas políticas. Todo cuanto fuera moralmente inaceptable era un argumento válido para el escarnio y para restarle fuerza a la beligerancia. Así, Lico Godínez, quien en un inicio había sido separatista, se vuelve un hombre amoral, que vive con una prostituta francesa en La Habana y ve la guerra como un negocio. “Y así eligió los actos vergonzosos, los que degradan la propia dignidad, porque de los buenos y honrados juró extrañarse para siempre. Querer la guerra, luchando no por la independencia sino por el negocio, que esta lucha significaba para algunos ‘¡Negocioooo!’” (121). La degradación moral termina mostrándole a Godínez que Cuba no debía separarse de España, que los cubanos no podían confiar en sus padres y que su única tabla de salvación era la joven española cuyo apellido indicaba la valentía que él no tenía (149). De modo que, en el caso de esta novela, al igual que en *Autonosuya. Curiosa novela político-burlesca* (publicada originalmente en 1886), los personajes se arrepienten de haber pensado alguna vez de forma contraria a España o de haber querido que Cuba fuera

independiente, porque, de suceder, Cuba caería en manos de infanticidas, depravados morales y negros que cambiarían la estructura social del país. En la novela de Francisco Fontanilles y Quintanilla estos son los mulatos “salvajes,” como los hermanos Sabcú I y Sabcú II, quienes implantan una dictadura en la isla impulsados por el odio de razas.

LOS NEGROS “SALVAJES” Y LA VENGANZA RACIAL

Fontanilles y Quintanilla nació en Barcelona, el 16 de enero de 1833, cursó los estudios de ingeniero en España y, luego, se marchó al Caribe. Primero, vivió en Puerto Rico y, con posterioridad, en Cuba, donde desempeñó varios puestos del gobierno colonial. Entre ellos, el de oficial de Intendencia General de Hacienda, el de secretario del Gobierno Civil de la Habana, de la Junta de Libertos, de la Diputación General de Pinar del Río y jefe de negociado en el Banco Español. Además de estos cargos administrativos, fue director de varios periódicos, incluyendo *El Imparcial de Matanzas*, donde primero publicó su novela en 1886. En ella ataca con crudeza a los partidarios de la autonomía y de la independencia de Cuba, imaginando la situación más horrorosa para los cubanos blancos. Imagina que, en 1900, el gobierno de España cede finalmente a los reclamos de los autonomistas y le concede el autogobierno. El resultado es que dos mulatos toman el poder, se autotitulan emperadores de Cuba y hunden el país en el caos político y la miseria económica. Así, el emperador Sabcú I es un “hombre rudo, cruel y sanguinario” (22), que había sido contramayoral de un ingenio de azúcar durante el período de la esclavitud, que terminó justamente cuando se publicó esta novela en forma de folletín, en 1886. Los dos hombres tratan con mano dura a sus enemigos políticos. Declaran “traidores a la patria” a sus enemigos, los mandan a prisión, los asesinan o los condenan a muerte en consejos de guerra (32). Lo importante de destacar en esta novela, nuevamente, es la forma en que Fontanilles y Quintanilla retrata a los cubanos: el énfasis que pone en la “barbarie” de los independentistas y su tipificación de las razas como inferiores y vengativas, enemigas de la civilización europea, ya que ellos son los mulatos “salvajes”, cuyo nombre mismo evoca imágenes de la naturaleza y el monte, al ser “sabcú” un árbol oriundo de Cuba. De este modo, la literatura de la guerra se estructura sobre un juego de oposición entre civilización y barbarie, ciudad y naturaleza, con el cual se inferioriza

al otro y se justifica su dominación por la metrópoli. Con hombres como estos, y sin la tutela de los españoles, según el narrador, Cuba se encaminaba a perpetuar un ciclo eterno de anarquía y barbarie, ya que: “Ese soldado semisalvaje que se llama Sabcú, hoy Ministro de la Guerra, será mañana el dictador; ahogará en sangre la libertad, y tal vez su cabeza rodará también para ceder el puesto a otro más salvaje que él o a la anarquía” (24). Por estas razones, los separatistas están definidos en estas narraciones como el otro de lo humano. Son vaciados en su interior de cualquier categoría identitaria que los configure como seres productivos, espirituales y civilizados, lo cual era una forma de exclusión, como dice Giorgio Agamben en *Lo abierto. El hombre y el animal*, típica de antiguos y modernos. Esta funciona “animalizando lo humano, aislando lo no humano en el hombre: *Homo aladus*, o el hombre-mono” (52). En todo caso, el separatista es un “salvaje”, “un enfermo” o un hombre condenado por su herencia o por su clima, que necesita de la ayuda del hombre civilizado para poder salir de su miseria.

Durante la guerra, junto con las novelas de Fontanilles y López Bago se publicaron, además, folletos satíricos que repiten estas ideas, como el de Juli Francesc Gimbernau, que escribía en *La Campana de Gracia* con el seudónimo C. Gumá. Así, Gimbernau publicó dos obras, una titulada *De la rambla a la manigua* y la otra *Blanchs y negres, o la qüestió de Cuba*, en las que la crítica iba dirigida fundamentalmente a los negros, a quienes él y el dibujante Manel Moliné representan también como sujetos bárbaros, cuyo objetivo principal era hacer de Cuba su reino y acabar con la estructura social que habían establecido los blancos. En *Blanchs y negres*, el negro mambí sostiene que quería la independencia:

... pa podel hasel en Cuba
 tó lo que nos de la gana,
 los negros serán los amos
 de los campos, de las casas,
 del tabaco, de los cocos,
 de las piñas, de la caña,
 del ganado, de los pesos...
 y de las señoras guapas”,
 [porque una vez libres]
 las blancas que no se vayan
 quedaran en monopolio
 de la rasa sobelana [sic] (19).

Según esta forma de pensar, de independizarse los cubanos, los blancos servirían de bestias de carga para jalar las calesas donde irían los negros sentados, fumando tabaco y con sus trajes de amo. En sus ilustraciones de estos versos, Moliné imagina este cuadro y pinta otro en el que aparece Estados Unidos con forma de cerdo y vestido de Tío Sam, en cuya sombra se ve otro negro alzando el machete. Estas y otras representaciones similares, de carácter abyecto y monstruoso, se rigen por un paradigma epistémico que responde a los intereses de raza, clase y cultura europea colonial, y por esta razón abundan en publicaciones españolas como *Barcelona Cómica*, *La Campana de Gracia*, los periódicos *El Imparcial* y *Los Lunes del Imparcial* de Madrid y el libro de Francisco Durante, *Salsa mambisa* (1897).

Se explica, entonces, cómo en la novela de López Bago los cubanos son descritos como seres degradados, cuya única salida era reconciliarse con España. De ahí que el “separatista” termine convirtiéndose en “integrista” y que hasta el mismo padre, quien después de luchar en la Guerra de los Diez Años (1868-1878) se peleó con el hijo por no compartir sus ideas políticas, regresa de la guerra de 1895 argumentando que el hijo tenía razón y que él había estado equivocado. Lo mismo dice otro personaje de la obra, el Doctor Pérez, quien, según sus palabras, antes creía en la independencia pero, después de viajar por el continente americano y haber visto la violencia de los dictadores, los abusos del poder y el caos de las nuevas repúblicas, estaba convencido que ese no era el camino para Cuba. La “realidad” de la situación en Cuba que muestra López Bago en su novela podría resumirse en degeneración moral, por la raza y el clima, la afeminización de los hombres, la prostitución, el contubernio de los revolucionarios con los bandoleros y, por supuesto, el temor de que la isla se convirtiera en otra Haití. Ante este escenario, no hay duda de que los pocos que pensaban liberarla se sintieran desengañados y optaran por reconciliarse con sus enemigos políticos. De ahí que los familiares separatistas de Godínez se reconcilien con él y venzan los lazos familiares, la cultura española blanca criolla sobre el temor a lo que supondría que ganaran los independentistas. Al hacerlo, López Bago estaba apostando por una reconciliación entre blancos, ya que el elemento sospechoso que deja fuera de esta familia son los negros y los mulatos, caracterizados, como en la novela de Fontanilles y Quintanilla, por su color de piel y sus odios de raza. Como ocurre en *Autonosuya*, López Bago hace numerosas referencias a los negros que luchaban en el Ejército Libertador para infundir el miedo a una sublevación contra el orden y la civilización española. A mitad de

la novela es Lico Godínez quien expresa su rechazo a tener bandoleros y negros en el ejército. Dice el narrador de *El Separatista*:

Desconfiaba de éstos últimos que ahora se prestaban a combatir con los cubanos para la expulsión de los españoles, pero que luego, se volverían quizás contra todos para hacer la guerra de raza: que odiaban igualmente a unos y otros porque jamás perdonarían la esclavitud en que tuvieron a sus padres. Sabíase esto de sobra. Ya estaba averiguado que el poeta Plácido y los que con él murieron fusilados por la espalda en 1844, no tenían otro objeto que el exterminio de los blancos para hacerse dueños de la isla de Cuba. ¡Otro Santo Domingo! ¡Jamás! (104).

De modo que, al igual que en *Autonosuya*, el discurso del miedo al negro sirve para tratar de convencer a los criollos del error de separarse de la madre patria, mantenerlos vigilados y sojuzgados, con el fin de salvaguardar sus propios intereses económicos, su cultura y sus privilegios. En otras palabras, este es una excusa para crear el escenario más horripilante, el peligro mortal al que le temían los blancos en la isla. Por este motivo, López Bago establece en su novela las diferencias entre unos y otros, se cuida de subrayar la “línea de la raza” que impusieron los blancos, españoles y criollos, en Cuba, y las innumerables vejaciones que tuvieron que sufrir los negros bajo el sistema esclavista (203). Ahora que tenían las armas, ¿no era el momento para desquitársela? Esta era la preocupación principal de Lico, quien sabía de “este latente odio, en este arraigado desprecio” que sentían ambas razas (204). Estos temores, la falta de fe en la guerra y la acción de Solita Valiente terminan por convertir a Lico “hacia nuevos ideales” (234). Se establece, así, un muro infranqueable entre quienes representaban los intereses de la España colonial y quienes se le oponían. En el bando contrario al de Lico Godínez y Solita estaban los revolucionarios, corruptos, bandoleros y antiguos esclavos que, desde que obtuvieron su liberación en 1886, no querían trabajar.

A pesar, entonces, de que se ha estudiado con anterioridad la novela de López Bago, ninguno de estos análisis plantea la situación racial ni el miedo al negro en esta narración. Sus puntos de vista, si bien eran típicos de un sector de la burguesía criolla cubana que tenía esclavos o despreciaba a los negros (Gutiérrez Carvajo 49-50; Galván 56), hay que entenderlos dentro de la ideología del imperio español y del trabajo de los letrados que intentaban justificar el dominio de España sobre la isla. Por esto, la novela y el resto de los textos que hemos señalado aquí muestran una ideología

racista, que buscaba poner en entredicho o negar la homogeneidad de los revolucionarios o sus ideales a favor de la independencia. El personaje de Lico Godínez es realmente un pretexto para que López Bago demostrara su rechazo a la causa emancipadora, a los negros y a cualquiera que no fuera blanco y español. De ahí que en ningún momento critique sus ideas racistas o antidemocráticas y que, por el contrario, recurra a un arsenal pseudocientífico para legitimar estas razones. Para él, ningún “método” era mejor que el “naturalismo radical” con el que podía demostrar la inferioridad de los “isleños” y el determinismo sociofisiológico que los movía. De hecho, en el momento en que López Bago publica esta novela, según afirma en la introducción, estaba decidido a escribir otras tres novelas en las que analizaría otros componentes de la sociedad cubana. De ahí que esta fuera la primera de una tetralogía a la que seguirían *El bandolero*, *La gente de color* y *Gobernador general* (López Bago 5). ¿Cómo serían estas novelas? ¿De qué trataría la titulada *La gente de color*? No lo sabemos porque, al parecer, no le dio el tiempo. Tres años después de aparecer esta novela, Estados Unidos intervino en Cuba y sucedió “el desastre”. No obstante, cada argumento de Godínez en esta narración no hace más que martillar sobre los temores que tenía el lector blanco y la clase media, a quienes repetidas veces se les decía que una Cuba revolucionaria sería inevitablemente una Cuba “negra o yanqui”, como efectivamente termina siendo en la novela de Fontanilles y en el poemario *Cuba (poesías)* (1896) de José Pablo Rivas.

El objetivo final de estas narraciones no era otro, entonces, que apoyar la causa integrista y los intereses de los peninsulares, que incluían, aunque no se limitaban, al monopolio mercantil, el expolio de sus riquezas y el favoritismo en la colocación de los españoles en los empleos administrativos. Una Cuba independiente, negra o norteamericana acabaría con esos privilegios y dejaría a España sin su más valiosa colonia. Por lo cual estos escritores se aprestan a elaborar fábulas y distopías que hablen del peligro negro y yanqui. Así, en uno de sus poemas, José Pablo Rivas habla del compromiso entre Cuba y España como si fuera el de una “buena moza / de peregrina hermosura” y “un amante / joven y de malas pulgas” (*Cuba* 19) en medio de los cuales quiere meterse el Tío Sam; de esta fábula se desprende que Estados Unidos era un intruso que buscaba conquistar a Cuba arrebatándosela a España, su verdadero y legítimo amante. Al igual que ocurre en las obras de los independentistas, Cuba adquiere aquí un papel simbólico y la relación se traduce como un matrimonio o un compromiso sexual entre Cuba y la metrópoli o entre Cuba y Estados Unidos, que, como recordaremos, ya aparece sugerida en

la ilustración del Tío Sam de Moliné. Si bien entonces, como decía Doris Sommer en *Foundational Fictions*, en las novelas nacionalistas latinoamericanas el matrimonio heterosexual va de la mano de la constitución de los estados independientes, esta alegoría es utilizada también por los partidarios de la colonia para establecer el vínculo entre la joven Cuba y España, para abogar por el mantenimiento del sistema colonial en América y rechazar cualquier forma de separación de la metrópoli, especialmente cuando venía de la mano de una intervención norteamericana.

LA GUERRA Y LA CRÍTICA A ESPAÑA

Un año después de publicados estos poemas y la novela de López Bago, todavía en medio de la guerra de 1895, otro escritor español, Ubaldo Romero Quiñones (1843-1914), natural de Ponferrada, León, publicará *La Cariátide. Novela por la Guerra de Cuba* (1897). Lo que hace usando el seudónimo de “Canta-Claro” y en ella cuenta la historia de dos hermanos que son víctimas de la aristocracia española y, como consecuencia, el joven decide irse a Cuba a combatir a los separatistas. Habría que leer esta novela como una crítica de la nobleza española, como lo fue también *Carne de nobles* (1887) de López Bago, y, al mismo tiempo, una crítica de los revolucionarios cubanos. Al igual que *El Separatista*, esta narración toma partido por la metrópoli, pero ya no es tan complaciente con España como lo fue la anterior. En realidad, Ubaldo Romero Quiñones, quien era republicano y anticlerical, señala críticas en esta novela que no ve su compatriota, y la razón podría ser que, dos años después de haberse iniciado el conflicto, la situación que atravesaba el país no era la misma. Se sucedían manifestaciones en contra de la política oficial en Zaragoza, Valencia, Madrid y otras provincias de España. Las madres pedían que los pobres y los ricos –no solamente los pobres– fueran a la guerra. Los periódicos criticaban la frivolidad del público al participar de las corridas de toros y otros espectáculos cuando había tanta miseria, y hasta un grupo de mujeres llegó a apedrear, como dice O’Connor, la estatua de Cristóbal Colón por haber sido este el causante original de los problemas que enfrentaba España en sus colonias (14-17). El pueblo español en general veía que, a pesar de que la Corona había invertido miles de pesetas en hombres y armamentos y de que existía una censura férrea en la isla que solo daba espacio a la

propaganda integrista, los cubanos seguían luchando en la manigua y los soldados españoles morían a causa de las enfermedades y la guerra.

En la novela de Ubaldo Romero, los dos hermanos se llaman Elvira y Ángel. El inicio transcurre en España, pero en la segunda parte el punto focal de la narración se traslada a Cuba. Se nos dice que Elvira es una joven hermosa, de dieciocho años, que es violada por Pepe Corriente, un joven apadrinado por personajes oscuros de la nobleza, y como resultado Elvira se suicida y su hermano se embarca a Cuba. Allí, después de muchos combates, logra obtener el grado de comandante del ejército español y poco después regresa a España para vengar su muerte. La historia de esta novela se desarrolla entre los dos escenarios que se disputaban el poder en ese tiempo –Cuba y España– y, al igual que en otras narraciones sobre el conflicto, los personajes principales son jóvenes que se aman y que representan una ideología. En este caso, son jóvenes de clases distintas, con diversos intereses y lealtades, originándose de esta forma una visión bipartita de España y Cuba. La España representada por la clase alta, nobiliaria y rica, y la otra pobre, que encarnaría los verdaderos intereses de la nación. De modo que si el inicio de la novela está dominado por la relación entre Pepe Corriente y Elvira Leal, este vínculo pronto da lugar al enfrentamiento entre Pepe y Ángel, que representaría los valores auténticos de España.

Desde el comienzo de la narración se nos dice de qué lado debía estar el bien y cuáles eran los conflictos a los que se enfrentaba el país. Se precisa que la aristocracia española solo pensaba en el dinero, en crear intrigas y en beneficiarse de los pobres. Ninguno de los personajes representativos de esta clase sobrevive al final. Se caracterizan por acciones impulsivas y tiránicas como las que toma Libia, mientras que Elvira y su hermano son como sus apellidos “Leal[es] España”. Con esto, Ubaldo Romero introduce el discurso crítico de una España en decadencia que debe regenerarse y que reaparecerá más tarde en otros escritores. Si hay una España representada por los intereses de la clase alta y sus privilegios, hay otra amante de la familia, de la religión y del trabajo. Por eso, si Pepe Corriente simboliza la primera de las dos, Ángel Leal España representa la segunda. El primero termina sufriendo de una gangrena en el brazo, por la estocada que le da Ángel en el duelo, y en el epílogo de la obra se nos dice que la España leal es la que triunfa y, con ello, Ángel. Todo esto, agregó, Ubaldo Romero lo desarrolla en una novela que muestra a forma de espejo la realidad de la península y la de Cuba, usando para ello un lenguaje a veces sacado de la sociología, que hace énfasis en la biología y en las razas, como ocurre en otras obras finiseculares que

tratan también del conflicto bélico. Por consiguiente, dos conceptos que aparecen en estas páginas son el de la “evolución social” (117) y el de “la raza,” que no entran en conflicto con una idea de un Dios trascendental ni con el progreso al que debía aspirar la nación, pero sí con la burocracia de la Iglesia católica y los jesuitas. Se nos dice que hay que evitar las pasiones y que “el hombre que domina sus instintos bestiales domina también todos los elementos de la Naturaleza, poniéndolos al servicio y bien estar de su familia, la familia humana, toda sin apartes de Dios el reino único” (71). Al servir como voluntario del ejército español en la guerra de Cuba, ni Ángel ni el narrador pueden evitar expresarse en contra de la burocracia española por mandar a sus hijos a pelear y ellos mismos quedarse en casa. Es en estas críticas a la guerra de Cuba, y a la negativa del gobierno de darles las reformas que los cubanos estaban pidiendo, que el autor asesta los golpes más fuertes contra el sistema. Ve a los soldados como piezas de ganado que van a morir al matadero, numerados, y sin que a nadie le importe. Dice:

Entre tantos infelices compañeros que van a obscuras al matadero, llevo yo una luz y un ideal y un punto de apoyo, mi honra en mi ánimo, la justicia que deseo realizar para salud ríe los otros y tranquilidad mía. Pero estos infelices bultos numerados, eslavonados [sic], manipulados con o sin inteligencia, sin discreción, sin ideal, sin valor, ¿qué será de ellos? (118)

Estas reflexiones del protagonista principal son apoyadas más tarde por las descripciones que hace de los soldados en la manigua, quienes tienen que enfrentarse a los guerrilleros cubanos, a la mala alimentación, a la topografía del lugar, al clima y a las enfermedades del trópico. En algunos casos, dice Ángel, los insurrectos estaban mejor informados que los soldados españoles, contaban con gente del pueblo que les avisaban de sus pasos y las enfermedades en la tropa. Desde Cuba, Ángel les escribe a sus padres defraudado. Al salir de España, dice, los despedían como si fueran “víctimas propiciatorias” y al llegar a la isla los recibían con misericordia (130). No “como soldados de la patria hijos del servicio nacional obligatorio”, con lo cual culpa a la “cruel irritante y absurda división de clases, que nos sella de mercenarios y pone en entredicho las simpatías y cariños comunes” (130). Estas divisiones sociales y los conflictos que llevaba en el reclutamiento fueron abordados por otros escritores peninsulares de la época como Leopoldo Alas “Clarín” en “El rana”, por Emilia Pardo Bazán en “Poema humilde” y en las obras de teatro ¡Sacrificios heroicos! y *Los dramas de la guerra*, esta última escrita

por Vicente Moreno de la Tejera (O'Connor 78). Esta era la posición de los socialistas españoles, quienes criticaban la iniquidad de las desigualdades sociales y los costos individuales de los voluntarios y sus familias pobres. En la novela de Ubaldo, estos incluso se quejaban de que eran llamados “mercenarios” porque, a diferencia de los rebeldes, ellos y sus familiares recibían dinero por enrolarse en el ejército. Los partidarios de la revolución lo hacían únicamente por su ideal independentista. Sacrificaban toda su riqueza por la patria. Al final, era España la que perdía hombres tan necesarios para “la agricultura, comercio e industria” y los emplea en una “bien triste prueba y esterilidad [sic]” (131). Estas críticas a la política de la península y a la guerra no significaban que el narrador o que el propio Ángel estuvieran a favor de la independencia. Todo lo contrario. Ángel se ve a sí mismo como un protector del orden y la nación. Por ende, a pesar de sus críticas a España y a la “guerra injusta” (134), su actitud es la de otro soldado que piensa que Cuba debía seguir siendo una colonia, y su función es “orear” con sus armas el “ambiente mestizo” de la tierra. “Orear”, recordemos, significa “purificar u oxigenar”, lo que lleva a Ángel a ver la guerra como una forma de limpieza del país de la ideología independentista y de la misma raza criolla, ya que el mestizo –como dice– “como el agua y el vino mezclados despierta en ellos un odio profundo a la patria y a los nuestros” (131). Nuevamente, la heterogeneidad racial se convierte en algo negativo, en un constructo de la razón letrada para justificar la guerra. No será esta la única vez que el narrador exprese ideas o juicios valorativos basados en la raza. En otras partes de la novela, hay prejuicios contra los judíos (136) y, cada vez que aparece un mambí, es descrito como un negro. Por eso, las críticas de Ángel son para la clase aristocrática y los políticos que empujaban a los soldados a la guerra. No defendía a los que sufrían bajo el régimen colonial ni las razones que tenían los cubanos para independizarse. Muestra su patriotismo español en la mención que hace a los héroes y grandes figuras de España (Cervantes, El Cid, etcétera) y, por eso, describe a los soldados coloniales en los hospitales de campaña, enfermos, con rostros cadavéricos, sin brazos ni piernas, lamentándose, haciendo carcajadas histéricas o llamando a sus padres en su desesperación para decirles que se volverían a España (133). “Esta guerra por injusta parece una maldición y esta maldición entierra tantos miles de inocentes para lavar tal vez las culpas del pillaje, del dolo, de la inmoralidad, de pillócratas” (134). En sus críticas, incluso, el narrador cita estadísticas de la guerra, sacadas de los periódicos españoles, que muestran los índices astronómicos que costaba y la cantidad de oficiales que habían

muerto, habían sido heridos o habían enfermado durante el último año. Todo esto lleva al narrador a expresar, como según dice había “vaticinado” Prim, que Cuba iba a ser el “sepulcro del ejército español según lo fueron al de Napoleón, España y Rusia” (134). Ese sufrimiento pesaba como una carga, afirma el narrador, sobre la cabeza de la Cariátide, la estatua de la mujer que sostenía las columnas del templo griego, a quien identifica como “la noble matrona española” (248). Una carga que podía destruir a España, a pesar de que en el “epílogo” de la novela Ubaldo se cuida de no mostrar un futuro catastrófico para su país. Las palabras finales rebosan de optimismo y felicidad. Todos los problemas de España se resuelven y nunca se habla de cómo terminaría la guerra en Cuba. Los “pillócratas” van a la cárcel, Pepe Corriente sufre una terrible gangrena y Ángel es reconocido como un héroe.

Resumiendo, podemos decir que, a finales del siglo XIX, diversas novelas españolas tratan de la guerra de Cuba enfocándose en los aspectos que diferenciaban ambos territorios y sus gentes y transmiten una ideología colonial en la medida que justifican la permanencia de Cuba como una colonia de España y se apoyan en el concepto de raza para hacerlo. En el caso de *El Separatista* (1895) y *Autonosuya, novela político-burlesca* (1886-1897), la preocupación son los negros, quienes son equiparados con la barbarie, el cuerpo enfermo y mulato. Se trata de novelas que intentan destilar el miedo más horrendo, la situación más angustiosa para los cubanos blancos y que establecen una dicotomía entre las razas, utilizando, como en la obra de López Bago, un instrumental pseudocientífico, que era usado en la época para descalificar desde el punto de vista de la naturaleza a quienes no pertenecían a la élite letrada, los que no eran blancos ni europeos. La novela *La Cariátide*, por otro lado, es menos crítica de los cubanos, pero igualmente partidaria del *statu quo* colonial. Es una novela que sobre todo critica la guerra, el trato que recibían los soldados españoles, las desigualdades, y que, ya un año antes de finalizada la guerra, deja entrever su final catastrófico. Es decir, una novela del “desastre” antes del “desastre”. Sus ataques más duros se los reserva para la monarquía y la élite en el poder en la península, para el gasto del erario en una guerra que ya llevaba dos años y que veía con ojos muy pesimistas. No obstante, en el epílogo de la novela parecería que todas las críticas que Ubaldo hizo al gobierno desaparecen. Triunfan los personajes buenos sobre los malos, y Ángel regresa de Cuba herido, pero con el estatus de héroe. La historia un año después probaría ser todo lo contrario.

BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, GIORGIO. *Lo abierto. El hombre y el animal*. Traducción de Antonio Gimeno Cuspinera. Valencia, Pre-Textos, 2010.
- BIZCARRONDO, MARTA Y ANTONIO ELORZA. *Cuba/España. El dilema autonomista 1878-1898*. Madrid, Editorial Colibrí, 2000.
- CAMACHO, JORGE. *Miedo negro, poder blanco en la Cuba colonial*. Madrid, Iberoamericana, 2015.
- CASAS Y GONZÁLEZ, JUAN BAUTISTA. *La guerra separatista de Cuba, sus causas, medios de terminarla y de evitar otras: estudios acerca del régimen y administración de España en Ultramar, seguidos de una disertación sobre los caracteres de la civilización hispano-americana*. Madrid, Est. Tip. de San Francisco de Sales, 1896.
- CÉSPEDES, BENJAMÍN. *La prostitución en la ciudad de la Habana*. La Habana, 1888.
- DURANTE, FRANCISCO. *Salsa mambisa*. México DF, Eduardo Dublan Impresor, 1897.
- FONTANILLES Y QUINTANILLA, FRANCISCO. *Autonosuya, curiosa novela político-burlesca*. Edición, introducción y notas de Jorge Camacho. Doral, Stockcero, 2016.
- FOUCAULT, MICHEL. *Genealogía del racismo*. La Plata, Editorial Altamira, 1996.
- GALVÁN GONZÁLEZ, VICTORIA. “La independencia de Cuba desde la mirada de la metrópoli: *El Separatista*, de Eduardo López Bago”. *Filología y Lingüística*, Nº 1, vol. xxxiv, 2008, pp. 53-66.
- GUTIÉRREZ CARVAJO, FRANCISCO. “Introducción biográfica y crítica.” *El Separatista*. Edición, introducción y notas de Francisco Gutiérrez Carvajo. Madrid, Clásicos Castalia, 1997, pp. 7-77.
- GIMBERNAU, JULI FRANCESC Y M. MOLINÉ. *Blanchs y negres. La qüestió de Cuba*. Barcelona, Editor Antoni Lopez, 1895.
- LÓPEZ BAGO, EDUARDO. *El Separatista. Novela médico-social*. La Habana, Galería Literaria, 1895.
- MARTÍ, JOSÉ. *Obras completas*. 28 vols. La Habana, Edición Nacional de Cuba, 1963-1975.
- O’CONNOR, D. J. *Representations of the Cuban and Philippine Insurrections on the Spanish State 1887-1898*. Tempe, Bilingual Press, 2001.

PRUNA, PEDRO Y ARMANDO GARCÍA GONZÁLEZ. *Darwinismo y sociedad en Cuba, siglo XIX*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1989.

QUIÑONES, UBALDO ROMERO. *La Cariátide. Novela por la guerra de Cuba*. Madrid, F. G. Pérez, 1897.

RIVAS, JOSÉ PABLO. *Cuba (poesías)*. Barcelona, José López Impresor, 1896.

SOMMER, DORIS. *Foundational Fictions: the National Romances of Latin America*. Berkeley, University of California Press, 1991.

Recepción: 18.08.2017

Aceptación: 04.12.2017